

OSHO

EL LIBRO DEL SEXO

Del sexo a la superconsciencia



«Soy el comienzo de una consciencia totalmente nueva.» Estas palabras de Osho ponen de manifiesto hasta qué punto él concibe su filosofía como una ruptura con las distintas tradiciones del pensamiento occidental y oriental. Es el mismo espíritu con el que aborda la sexualidad: en primer lugar, presentándola no como un obstáculo para la elevación espiritual e incluso la iluminación sino, al contrario, como un regalo, expresión de unas energías biológicas y puerta al autoconocimiento; en segundo lugar, como realización del amor, elemento central de la existencia. El sexo es uno de los aspectos constitutivos del nuevo tipo de santo, Zorba el Buda, fusión inseparable de lo terreno y lo sublime. A partir de estos principios, Osho responde a las distintas cuestiones que plantea la sexualidad, desde la eyaculación precoz hasta el orgasmo, desde los celos hasta la diferencia entre sexos.

La visión del sexo de Osho es, desde luego, enormemente crítica respecto a lo que enseñan muchas religiones, que la calificarían de pecaminosa, e incluso la moral dominante. Pero justamente es su audacia, junto a la alta calidad espiritual de su reflexión, lo que hace tan atractivo su pensamiento.

Índice de contenido

Cubierta

El libro del sexo

Prólogo

Primera Parte. Del sexo a la superconciencia

1. La búsqueda del amor
2. La atracción fundamental
3. Una nueva puerta
4. El nacimiento de una nueva
5. Del carbón al diamante

Segunda Parte. El sexo importa

6. La deconstrucción del condicionamiento sexual
7. Lo moral y lo inmoral
8. Ilusiones y realidades

Tercera Parte. Ni pecado ni original

9. La comprensión en la práctica

Epílogo. En busca de la plenitud

Acerca del autor

Notas

Prólogo

PREGUNTA: *¿Por qué se siente tan incómoda la gente con el tema del sexo? ¿Por qué es un tabú?*

RESPUESTA: Hay una razón muy sencilla. Llevamos siglos de represión en nuestra vida sexual. Todos los profetas, los mesías y los salvadores nos han dicho que el sexo es pecado.

Tal y como yo lo entiendo, el sexo es la única energía, es la energía de la vida. Lo que cada uno hace con ella depende de cada cual. Puede convertirse en pecado, y también en lo más sublime de la consciencia. Todo depende de cómo se utilice esa energía.

En cierta época, no sabíamos utilizar la electricidad. La electricidad siempre ha existido –en forma de rayos– y antes mataba a las personas, pero ahora está a nuestro servicio, hace cuanto queremos. El sexo es bioelectricidad. Lo que hay que plantearse es cómo utilizarlo, y el principio fundamental es no condenarlo. En cuanto condenas algo, no puedes utilizarlo.

Se debería aceptar el sexo como algo normal, natural en la vida, igual que dormir o tener hambre.

Además, el sexo puede ir unido a la meditación, y cuando el sexo va unido a la meditación, cambia todo su sentido.

El sexo sin meditación solo sirve para la reproducción. El sexo con meditación puede aportar una suerte de renacer, puede transformarte en un ser humano nuevo.

P: *¿Hay que mantener relaciones sexuales mientras se está meditando?*

R: Sí. O por decirlo de otra manera, hay que meditar mientras se hace el amor. Y es que un cambio tan pequeño puede suponer una diferencia enorme...

Había una vez dos monjes hablando en un monasterio, porque tenían un par de horas todas las tardes para meditar y pasear. Se pusieron a discutir si podrían fumar, porque no estaba prohibido, pero ellos no estaban seguros de que fuera lícito hacerlo. Así que pensaron que lo mejor sería preguntárselo al abad.

Al día siguiente, uno de los monjes estaba muy inquieto, y cuando vio venir al otro, fumando, no daba crédito a sus ojos. Dijo:

–No entiendo nada. Le he preguntado al abad: «¿Puedo fumar mientras medito?». Y él me ha dicho: «¡De ninguna manera!». Y se enfadó mucho. Pero tú estás fumando. ¿No se lo has preguntado?

El otro monje respondió:

–Sí se lo he preguntado, pero yo le pregunté: «¿Puedo meditar mientras fumo?». Y me dijo: «Buena idea. ¿Para qué perder el tiempo? Si mientras fumas también puedes meditar, estupendo. ¡Adelante!».

No voy a decir que mientras estéis meditando mantengáis relaciones sexuales, no. Lo que digo es que meditéis mientras hacéis el amor. Y es uno de los estados más tranquilos, silenciosos y armoniosos, cuando la meditación resulta más fácil. Cuando te aproximas a una situación orgásmica, se detienen los pensamientos, te transformas más en energía, en fluido, en pura palpitación. Y ese es el momento en el que hay que estar alerta: pase lo que pa-

se, la palpitación, el orgasmo cada vez más cercano, sabes que hay un punto sin retorno. Simplemente observa. Esta es la vigilancia más secreta e interna; si uno puede percibir esa consciencia, se puede percibir todo lo demás en la vida, porque el sexo es la experiencia más íntima y absorbente.

He escrito un libro, un librito. Se titula *Del sexo a la superconsciencia*, pero nadie se ha fijado en la superconsciencia, solo en el sexo, y quienes lo han leído son monjes, monjas... ¡de todas las religiones! He escrito cuatrocientos libros sobre toda clase de temas, temas de enorme importancia para quienes, como los monjes, buscan la verdad. Pero el problema es que estos sufren, y su sufrimiento se debe a su sexualidad reprimida.

P: Ha dicho que el sexo por sí mismo solo dará como resultado más y más niños. ¿Cuál es el resultado cuando se unen sexo y meditación?

R: Te reproduces a ti mismo. Descubres que no eres completo tal y como eres. Existen niveles más elevados de inteligencia, de consciencia. A medida que consigas esos niveles más elevados de consciencia e inteligencia, te sorprenderás: empezará a desaparecer tu interés por el sexo, porque el sexo generará algo más grande que la vida, porque generará consciencia. La vida pertenece a un orden inferior; la consciencia pertenece a un orden más elevado. Y en cuanto se es capaz de generar consciencia, no existe ninguna barrera que impida hacer el amor; pero parecerá muy aburrido. No proporcionará ninguna alegría; parecerá una mera pérdida de energía. Preferirás emplear tu energía en la creación de pirámides cada vez más altas de consciencia en tu interior hasta llegar al punto definitivo, que yo llamo «la iluminación».

P: *Entonces, cualquier cosa sin consciencia es pecado. ¿Es eso lo que diría?*

R: En sus orígenes, la palabra pecado significaba «olvido», y es muy interesante recordarlo.

Consciencia significa «recuerdo», «atención», y pecado significa «olvido», «falta de atención».

Pero no voy a emplear la palabra pecado porque todas las religiones la han empleado y contaminado. Hablaré simplemente de inconsciencia, de olvido, que es el significado original de la palabra.

P: *¿Y qué es la virtud?*

R: Consciencia, mayor atención.

P: *¿Respecto a todo?*

R: Respecto a todo. Y en la medida en que eres plenamente consciente, tu vida entera es una virtud, cuanto hagas tendrá el sabor de la pureza, la fragancia de lo divino.

PRIMERA PARTE

Del sexo a la superconciencia

1

LA BÚSQUEDA DEL AMOR

¿Qué es el amor?

Vivirlo y conocerlo es muy fácil, pero definirlo con palabras resulta difícil. Es como preguntarle a un pez: «¿Qué es el mar?». El pez contestará: «Esto es el mar. Está por todas partes, me rodea». Pero si insistes un poco y dices: «Por favor, define el mar, no te limites a señalármelo», entonces el pez tendrá un gran problema.

También en la vida de los seres humanos, todo lo que es bueno, lo que es bello y auténtico solo puede vivirse, solo puede experimentarse. Puedes ser todo eso, pero resulta muy difícil definirlo, hablar de ello. La lástima es que solo lleva hablándose cinco o seis mil años sobre algo que los seres humanos deberían vivir, algo que están destinados a vivir. Se habla y se discute sobre el amor, se cantan canciones de amor, se entonan cánticos religiosos de amor, pero el amor en sí no tiene espacio en la vida de los seres humanos.

Si profundizamos en el hombre, descubriremos que no existe palabra más falsa en su vocabulario que «amor». Y lo más penoso es que se piensa que quienes realmente

han falsificado el amor, quienes han impedido que fluya el amor, son sus creadores. La religión habla del amor, pero la clase de amor que ha rodeado al hombre hasta ahora solo ha servido para cerrar todas las puertas al amor en su vida.

En este sentido, no existe una diferencia fundamental entre Oriente y Occidente, entre India y Estados Unidos. El caudal del amor aún no se ha manifestado en los seres humanos. Y le echamos la culpa al hombre, o le echamos la culpa a la mente. Decimos que los seres humanos son malos, o que la mente envenena, y por eso no fluye el amor en nuestras vidas. La mente no envenena. Quienes dicen que la mente es un veneno lo que han hecho es envenenar el amor y no dejar que nazca. En este mundo, nada es venenoso. Nada es venenoso en la creación: todo es néctar. Son los seres humanos quienes han transformado ese néctar en veneno, y los mayores culpables son los llamados maestros, los santones y los santos, la gente que se considera a sí misma religiosa.

Es muy importante comprender esto, y con todo detalle, porque si no se ve con claridad no hay posibilidad de que exista el amor en la vida de ningún ser humano.

Seguimos utilizando las mismas cosas que han impedido que el amor naciera como cimiento del propio amor. En el transcurso de los siglos se han repetido y reiterado principios completamente erróneos, y no logramos ver sus fallos fundamentales precisamente porque no cesa la repetición. Todo lo contrario, se considera que los seres humanos se equivocan porque son incapaces de cumplir los requisitos de esos principios.

El ser humano actual es el producto de una cultura con una antigüedad de cinco, seis o diez mil años, pero se culpa de los errores al ser humano, no a la cultura. El hombre está podrido, pero se elogia la cultura. «Nuestra gran cultura, nuestra gran religión»: todo es «grande». ¡Y este ser humano es el fruto que ha dado!

Pero no; el hombre se equivoca y debe cambiar. Nadie se atreve a levantarse y preguntar si no serán la cultura y la religión lo que no ha llegado a imbuir a los seres humanos de amor en el transcurso de esos diez mil años y si no es allí donde realmente reside el error. Si el amor no ha evolucionado durante los últimos diez mil años, ¿qué posibilidad existe, basándose en la misma cultura y en la misma religión, de que el amor llegue a imbuir a los seres humanos en el futuro? Lo que no se ha conseguido en los diez mil años transcurridos tampoco se logrará en los próximos diez mil. El ser humano del mañana será el mismo que el de hoy en día. Los seres humanos siempre han sido así, y así seguirán siendo, y, sin embargo, continuamos ensalzando nuestras culturas y nuestras religiones, ensalzando a los santos y los santones. Ni siquiera estamos dispuestos a plantearnos que nuestra cultura y nuestra religión puedan tener fallos.

Pues yo quiero deciros que sí los tienen. Y la prueba es el ser humano de hoy en día. ¿Qué otra prueba puede existir? Si plantamos una semilla y el fruto es ponzoñoso y amargo, ¿qué nos demuestra? Pues que la semilla era ponzoñosa y amarga. Claro, resulta difícil predecir si una semilla en concreto dará un fruto amargo o no. Podemos examinarla con todo cuidado, apretarla o abrirla, pero no podemos saber si el fruto resultará amargo o no. Se planta una semilla, brota una planta. Con el paso de los años, crecerá un árbol, que extenderá sus ramas hacia el cielo, que dará frutos... y solo entonces se sabrá si la semilla que se había plantado era amarga o no.

El ser humano actual es el fruto de las semillas de la cultura y la religión plantadas hace diez mil años y que han estado cultivándose desde entonces. El fruto es amargo, lleno de conflictos y odio, pero seguimos elogiando las mismas semillas y pensando que de ellas surgirá el amor.

He de deciros que eso no va a ocurrir, porque el potencial fundamental para el nacimiento del amor lo han

matado las religiones. Lo han emponzoñado. Se ve más amor entre los animales, las plantas, que no tienen ni religión ni cultura, que entre los seres humanos. Se encuentra más amor entre las tribus atrasadas de las selvas –que no tienen ni una religión, ni una civilización, ni una cultura evolucionadas– que entre los pueblos supuestamente adelantados, cultos y civilizados de la actualidad.

¿Por qué los seres humanos están cada vez más yerros de amor cuanto más civilizados y cultos son, cuanto más se someten a la influencia de las religiones, cuanto más acuden a los templos y las iglesias a rezar? Por supuesto, existen ciertas razones; quisiera exponer dos. Si se llegan a comprender, se podrán liberar las fuentes del amor, que están bloqueadas, y el río volverá a fluir.

El amor está en el interior de todos los seres humanos. No hay que traerlo desde fuera. No hay necesidad de buscarlo en ninguna parte. Está ahí. Es el deseo por la vida que existe en todo ser humano. Es la chispa de la vida que existe en todo ser humano, pero está rodeado de altas barreras, por todos lados, y no puede manifestarse. Hay rocas por todas partes, y ese caudal no puede fluir.

La búsqueda del amor, la disciplina del amor, no es algo que se pueda aprender en ningún sitio.

Había una vez un escultor que estaba trabajando en una piedra. Una persona que fue a ver cómo se hacía una escultura no vio la menor señal de que se estuviera esculpiendo una estatua, solo que alguien estaba partiendo una piedra aquí y allá a golpe de martillo y cincel.

–¿Qué haces? –preguntó aquel hombre–. ¿No vas a hacer una escultura? He venido a ver cómo se esculpe una estatua, pero lo único que veo es que estás dando golpes a una piedra.

–La estatua está escondida en la piedra. No hay que hacerla. Hay que separar la masa de piedra inútil que la rodea, y entonces se manifestará la escultura. Una estatua

no se crea; simplemente se descubre. Se destapa, se saca a la luz –respondió el escultor.

El amor está oculto en el interior de los seres humanos; solo hace falta liberarlo. No hay que producirlo, sino dejarlo al descubierto. Hay algo que nos cubre y nos impide que el amor salga a la superficie.

Preguntémosle a un médico qué es la salud. ¡Es muy curioso, pero ningún médico en todo el mundo podrá decir en qué consiste la salud! La ciencia médica se ocupa de la salud, pero nadie es capaz de definirla. Si se pregunta a un médico, contestará: «Solo puedo hablar de lo que son las enfermedades y sus síntomas. Conozco los diferentes términos y descripciones técnicas de todas y cada una de las enfermedades. Pero ¿la salud? De la salud no sé nada. Lo único que puedo decir es que la salud es lo que queda cuando no hay enfermedad». Esto se debe a que la salud está oculta en el interior de los seres humanos. No podemos definirla.

La enfermedad viene del exterior: de ahí que se pueda definir. La salud está en el interior: de ahí que no la podamos definir. Solo podemos afirmar que la salud es la ausencia de enfermedad; pero eso no es una definición de la salud, no se dice nada directo sobre la salud. La verdad es que no hay que crear la salud. La salud es nuestra naturaleza intrínseca.

El amor está en nuestro interior. El amor es nuestra naturaleza intrínseca. Por eso es una tremenda equivocación pedir a los seres humanos que cultiven el amor. El problema no consiste en cómo cultivar el amor, sino en averiguar por qué no se puede manifestar. ¿Cuál es el obstáculo? ¿Dónde está la barrera?

Si no existen barreras, el amor se manifestará. No hay necesidad de enseñarlo ni de explicarlo. Toda persona estaría llena de amor si no se impusieran las barreras de una cultura errónea. Es algo inevitable: nadie puede evitar el amor. El amor es nuestra naturaleza intrínseca.

El Ganges fluye desde el Himalaya. Su fluir es algo natural: está vivo, tiene agua, seguirá su curso y encontrará el mar. No le preguntará a un policía o a un sacerdote qué camino tiene que seguir para llegar al mar. ¿Quién ha visto un río parado en un cruce preguntándole a un policía dónde está el mar? No; la búsqueda del mar está dentro de su ser. Y como tiene energía, romperá las montañas y las rocas, atravesará las llanuras, y llegará al mar. Por muy lejos que esté el mar, por muy oculto que esté, el río lo encontrará. Y el río no tiene ni mapas ni guías para saber por dónde tiene que pasar.... pero al final llega a su destino.

Pero ¿y si se construyen diques? Supongamos que se erigen grandes muros en el cauce del río. Entonces, ¿qué pasa? Un río supera las barreras naturales, pasa por encima de ellas, pero si los seres humanos crean barreras, es posible que el río no llegue al mar.

Es importante comprender esta diferencia. Ninguna barrera de la naturaleza es realmente una barrera; por eso un río llega al mar. Atravesando las montañas, llega al mar. Pero si los seres humanos se inventan barreras, si los seres humanos hacen correcciones, pueden impedir que un río llegue al mar.

En la naturaleza existe una unidad intrínseca, una armonía. Las obstrucciones naturales, las obstrucciones que la naturaleza parece presentar, quizá sean retos para generar energía; sirven de provocaciones para invocar lo que está latente en el ser. Después de sembrar una semilla, nos da la impresión de que la capa de tierra la está aplastando, obstruyendo su crecimiento. Pero no es así; si la capa de tierra no estuviera allí, la semilla no germinaría. Desde fuera parece que la capa de tierra aplasta la semilla, pero la aplasta para que pueda ablandarse, desintegrarse y transformarse en brote. Desde fuera parece que la tierra obstruye el camino de la semilla, pero la tierra es una amiga que ayuda a crecer a la semilla.